

las flores. Con todo, su belleza era todavía muy superior á sus gracias; porque, exceptuada su cuñada Guanahatabenechena, verdadero fenómeno de belleza, sin igual en la admiración y memoria de los habitantes de la isla (1), ántes ni despues de aquella época ninguna mujer de los trópicos pudo compararse á la reina Anacoana. Su aspecto arrebató á los españoles. La reina descendió de su litera, hizo á don Bartolomé una graciosa reverencia, ofrecióle una de sus flores, y le condujo á la habitación que se le había preparado.

Dos días pasó don Bartolomé en casa de Behechio, colmado de agasajos y honras; obsequiado con festines espléndidos, con la representación de los areitos más dramáticos, y hasta con el simulacro de batallas al uso de los indios. En medio de estas distracciones, en una conversación amistosa, atrajo muy hábilmente al Cacique á la idea de pagar un tributo á los Reyes Católicos, en cambio de su protección. Como no se sabía la existencia de ninguna mina de oro en el Estado de Behechio, allanó don Bartolomé todas las dificultades, aceptando en tributo géneros alimenticios, lo que no era en manera alguna oneroso para el Xaragua. El Adelantado se fué maravillado de la noble Anacoana, y dejando en su corte la más favorable impresión así como las más sinceras disposiciones en favor de los castellanos.

§ III.

Continuando don Bartolomé su excursión, visitó las minas de Cibao y pasó una revista general á la Vega y á la Isabela. Comprendió que la falta de objetos necesarios, sobre todo la insuficiencia del alimento, predisponía á los castellanos á las enfermedades que les diezmaban. Para procurarles á lo ménos alimentos en abundancia sin ser demasiado gravosos á los indígenas, les distribuyó en pequeños destacamentos entre los pueblos mejor provistos; pero los castellanos en lugar de hacer en lo posible amable á los indios esta hospitalidad forzada, atraérselos por buenos procedimientos y hacerles cobrar afición á la fe cristiana, les hacían odiar el nombre de cristianos.

Todos los esfuerzos del franciscano Juan Bergoñon y del hermano Roman Pane no habían conseguido todavía más que la conversión de una sola familia compuesta de diez y seis personas, cuyo jefe, llamado Guaycavami (2), fué bautizado bajo el

(1) «Guanahatabenechenam aiunt parem nullam in universa insula habuisse pulchritudine.» — Petri Martyris Anglerii, *Oceanæ Decadis tertiæ, liber nonus*, fól. 68.

(2) «Entró el primero como mas instruido, Guaycavami, recibiendo con el bautismo el nombre de Juan Mateo.» — Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. VI, § 8.

nombre de Juan Mateo. El gran Cacique Guarionex recibía hospitalariamente á los misioneros y les escuchaba gustoso. Hasta había aprendido nuestros principales dogmas, sabía el *Pater*, y hacía rezar á los individuos de su casa el *Credo*, cuando una especie de mandadero, llamado Barahona, á quien acogía en su casa, creyéndole verdadero noble, sedujo y se llevó su mujer más amada. Irritado Guarionex contra el cristianismo, á causa de los cristianos, rechazó desde entónces aquella religión que no sabía impedir semejante violación de las leyes más santas.

Perdida toda esperanza, se alejaron los misioneros de su residencia.

Sus Caciques subalternos sintieron vivamente la injuria hecha al más poderoso Cacique de la isla. Sus vecinos, cuyos súbditos eran indignamente vejados y oprimidos, influyeron cerca de Guarionex, que era por su cuna el más noble y el primero de los soberanos de la Española, y le instaron de un modo apremiante para que librara al país de aquellos tiranos extranjeros miéntras se hallaban dispersos y enfermizos. Guarionex, que era poco amigo de guerra, y sobre todo que no estaba muy tranquilo acerca de la suerte que podría caberle en una lucha contra aquellos hombres que, además de sus cortantes espadas, llevaban el rayo consigo, y tenían á su servicio caballos que arrojaban espuma y perros sanguinarios, no opinaba por la guerra, y proponía medios dilatorios. Pero sus Caciques inferiores y sus oficiales estaban inflamados de tan patriótico ardor que le obligaron á tomar las armas inmediatamente so pena de ser considerado como traidor á su país, indigno de su pueblo y despojado de su corona. Así, pues, no tuvo otro remedio que someterse á la voluntad de sus súbditos. Al frente de quince mil guerreros iba Guarionex á reunirse secretamente con otras tropas en los bosques de las cercanías de la Vega, cuando informado el Adelantado de la conjuración, reunió á toda prisa los soldados válidos y los convalecientes, y haciendo de noche una marcha rápida, se echó por sorpresa sobre el campamento de Guarionex. Su prontitud y vigor tanto como la habilidad de su táctica, dejaron muy luégo derrotado aquel numeroso ejército. Don Bartolomé consiguió apoderarse de los principales Caciques autores de la rebelión, y entre otros del desdichado Guarionex, que era su primer enemigo ántes de llegar á ser su primera víctima.

Los súbditos de Guarionex, que indudablemente se echaban ahora la culpa de su mala suerte, confiados en la generosidad del hermano del gran Almirante, fueron á suplicar al Adelantado que les devolviera su rey; pero no podía accederse á su petición. Reuniéronse entónces en número de unos cinco mil, y se aproximaron á la casa donde estaba detenido el infortunado monarca. No tenían más armas que sus gemidos y pasaban las noches y los días, echados en el suelo, dando alaridos de dolor. Ya que no podían libertarle, le probaban á lo ménos su adhesión con aquellos testimonios de desconsuelo. Enternecido don Bartolomé por sus lágrimas y quizás también importunado de sus afectuosos alaridos, no pudiendo

resolverse á mostrarse cruel ante un cariño tan natural, ni queriendo tampoco castigar con pena de muerte á un prisionero tan fatalmente impelido al combate, para trocar súbitamente en alegría el desconsuelo de aquel pueblo, le devolvió su benigno monarca. Uniendo el Adelantado la justicia á la clemencia, hizo ejecutar á los dos Caciques, que fueron los primeros instigadores de la rebelion, dió libertad al infortunado Guarionex, y encarceló al Barahona que le había ofendido en su honor conyugal. El castigo impuesto al libertino español, ejemplo que desazonaba á los demas haraganes disolutos y tiranos de los indios, puso en fermentacion la hez de los colonos, los ánimos viciosos, imitadores ménos osados de Barahona, quienes concibieron un odio violento contra el Adelantado.

Al cabo de poco tiempo unos mensajeros de Behechio se presentaron al Adelantado participándole que estaban á su disposicion los tributos impuestos á su señor. Como el trasporte por tierra habría sido una carga cien veces más onerosa que el mismo tributo, envió el Adelantado una carabela, en la cual se embarcó él mismo, para que fuera á buscar aquellas provisiones, pensando que de esta manera dejaría mejor cimentadas las buenas relaciones que tenía ya establecidas con el rey de Xaragua.

Don Bartolomé fué recibido con el mismo ceremonial que en su primera visita. Behechio y «la flor de oro» mostraron verdadera satisfaccion al volverle á ver, y le colmaron de atenciones, agasajos, regalos y festejos. Anacoana, llevada de su curiosidad por nuevas invenciones, encantada por conocer las maravillas extranjeras, manifestó deseos de ver la carabela, porque aún no había visto nunca ningun buque europeo. Behechio mandó en seguida armar dos grandes botes esculpidos y pintados de varios colores, uno de ellos para su hermana y sus mujeres, y el otro para él y sus oficiales; pero habiendo don Bartolomé puesto su lancha á las órdenes de la reina, prefirió esta embarcarse con el Adelantado.

En el momento de acercarse la lancha á la carabela, hizo la artillería las salvas de ordenanza para los soberanos. Al ruido de la detonacion, cayeron las indias como muertas á lo largo de los bancos; pero Anacoana se había instintivamente echado sobre el pecho del Adelantado, quien la estrechó en él movido por un sentimiento de afectuosa proteccion. Tranquilizada Anacoana con aquel abrazo amistoso, se repuso al instante y se rió de su espanto. Subió á la carabela acompañada de su hermano, y visitó con indecible asombro sus recintos interiores. El Adelantado le hizo varios regalos que de intento le tenía preparados, mandó algunas maniobras, hizo cambiar de direccion, se alejó de tierra, y volvió despues al puerto, llevando á la reina á la playa en su lancha entre el ruido de las salvas que ahora, léjos de espantarla, lisonjeaban su orgullo.

Cuando el Adelantado se despidió del Cacique, Anacoana demostró vivo sentimiento por su partida, esforzóse en no dejarle ir, y no permitió que se le separara

sinó despues de obtener su promesa formal de que volvería á Xaragua. Algunos escritores españoles que tenían interes en calumniar á esa noble mujer han querido manchar la naturaleza de sus relaciones con el Adelantado. No cabe ninguna duda que la belleza, la nobleza instintiva de Anacoana, el encanto agreste de su morada, donde sus areitos y su coreografía que conservaban una elegancia infantil, daban á su Corte una agradable originalidad, no habían podido dejar de cautivar vivamente el interes de don Bartolomé. Anacoana era la única mujer de las Antillas que merecía cautivar su atencion. Sin embargo, nunca tuvo por ella más sentimiento que el de una cortesía, de la que se hubiera hecho un deber todo caballero, aunque ella no hubiese sido tan encantadora. Sin estar don Bartolomé tan entregado á la piedad como el Almirante, participaba de la rigidez de sus principios y de su regularidad de costumbres, y sobre todo, apoyaba con su propio ejemplo, la autoridad de sus mandatos.

§ IV.

Mientras que el Adelantado traía en su carabela un cargamento de provisiones que aliviaria la escasez y miseria de la colonia dispersa, y permitiría la nueva reunion de sus miembros, algunos descontentos se habían aprovechado de su ausencia para derrocar la autoridad, y apoderarse de este modo de la isla. El que se constituyó en jefe de los revoltosos, era un antiguo servidor del Almirante, elevado por el Virey á la dignidad de Gran Juez de la Colonia. Francisco Roldan!

Desde la partida del Comisario Juan Aguado, con quien había tenido relaciones secretas, soñaba Roldan en apoderarse del gobierno de la Colonia. Habiendo Juan Aguado reconocido en él las cualidades de un traidor, le inició en las confidencias de las disposiciones de la marina, y sobre todo, del odio que había jurado al Almirante don Juan de Fonseca, favorito del rey Fernando. Sabía que Pedro Margarit y los desertores comprometidos contra los Colon no habían recibido ningun castigo á su vuelta á España. Como tenía fundada seguridad de apoyo en el caso de que le saliera bien alguna tentativa contra su bienhechor, el Almirante, había comenzado desde entónces á procurarse caballos, armas, y á formarse un partido. Roldan se proclamaba la única autoridad de la isla; no reconocía la del Adelantado, diciendo que su nombramiento era superior á los poderes del Almirante, y que los Reyes no habían ratificado el nombramiento del Adelantado. Por medio de sus correspondencias con los empleados de marina, había sabido que el rey Fernando, instigado por Fonseca, se había incomodado por ese titulo de Adelantado concedido por el Almirante á su hermano don Bartolomé. Á fin de que los indigenas se interesaran

à favor de su causa y tomaran por propias sus quejas contra el Adelantado, mostróse especialmente indignado de que don Bartolomé hubiese resuelto trasportar à Castilla à indios del territorio de la Concepcion, cogidos con las armas en la mano cuando ocurrió la sublevacion de Guarionex. Constituyóse en defensor de los indigenas, declarando que en su cualidad de Gran Juez no podia consentir en aquella traslacion sin sentencia, y tan contraria à las muy sabidas intenciones de la reina, que protegía à sus nuevos súbditos. Roldan se levantaba, pues, en nombre de la humanidad y del respeto à las leyes, contra una autoridad usurpada y una violacion del derecho natural. Como era hombre tan astuto como resuelto, alegó por motivo de su rebelion la circunstancia de haber don Diego Colon hecho entrar la carabela en el puerto en lugar de dejarla como àntes en la rada; lo que probaba que no quería que se pudiera regresar à España. De esta manera no tenía nada nuevo el pretexto de esa rebelion; porque era tambien el de Bernal de Pisa para su conspiracion; el de Pedro Margarit y sus secuaces: el deseo de volver à España.

Efectivamente, sabedor don Diego Colon de la conjuracion tramada, había hecho entrar la carabela en el puerto, para asegurar mejor su custodia durante la noche. Á fin de ofrecer pasto à la vanidad del juez conspirador, encargóle don Diego la conduccion de cuarenta soldados al distrito de la Concepcion, para mantener el orden allí; pero tan pronto como se vió sostenido por semejante fuerza, igualó la audacia à la ingratitud; se quitó enteramente la máscara; atacó el arsenal à mano armada, y lo saqueó, lo mismo que los almacenes reales, al grito de «vivan los Reyes,» y no salió de la ciudad sino para ir à engrosar su partido en el campo.

El gobernador del fuerte de la Magdalena, Diego de Escobar, deudor de favores personales al Almirante, se unió al traidor Roldan con su tropa. Probó de arrastrar à la rebelion una seccion de treinta hombres, mandada por el capitan Garcia de Barrantes. Adivinando este bravo militar la próxima defeccion de su compañía engañada y sobornada por los emisarios de Roldan, le dió muy severas consignas para preservarla del peligroso contacto. Roldan se dirigió resueltamente al fuerte de la Concepcion, pensando que tambien lograria seducir el pequeño destacamento que lo guarnecía; pero su gobernador Miguel Ballester, oficial veterano fiel al deber, no quiso siquiera darle entrada; mandó avisar al Adelantado para que estuviera prevenido de la rebelion, y le invitó à que se retirara à su lado en la Concepcion; porque sabía la débil defensa que podria hacer la Isabela, y el proyecto decidido de Roldan de asesinar à don Bartolomé, único obstáculo que se oponia à su ambicion. Creyéndose impunes los rebeldes, ya que, decian ellos, siendo nulo el nombramiento del Adelantado, su autoridad no era más que una usurpacion, se entregaron sin piedad al saqueo de los pueblos indigenas, y hasta se llevaron los rebaños del real cortijo. En poco tiempo sembraron la desolacion

en todos los distritos. Los pocos colonos laboriosos que había en la isla, acometidos é importunados por sus compatriotas, que les querian alistar por la violencia bajo el estandarte de la rebelion, suspendieron sus trabajos. Disgustados los indigenas por las vejaciones de los que comerciaban con los frutos de sus bosques, cesaron de cultivarlos enteramente, de manera que el primer resultado de la rebelion fué la agravacion del malestar general. Los rebeldes se arrojaron como sobre una presa tierna en el Estado de Xaragua, donde la hospitalidad de Anacoana había dado tan amable acogida à los castellanos.

Entregados à si mismos los insurrectos, su misma independencia les sirvió de obstáculo al cabo de muy poco tiempo. Fraccionáronse en cuatro partidas principales, al frente de las cuales se hallaban Diego de Escobar, Pedro Riquelme, Adrian de Mogica y Pedro Gamez, quienes por de pronto aceptaban la autoridad de Roldan. Con todo agitados aquellos hombres por vagos temores despues de la primera satisfaccion de los malos instintos que tenían ya saciados, comprendiendo perfectamente que aquella violacion de todos los deberes no podria ser duradera, habrían deseado someterse otra vez al dominio de la ley y de la obediencia, pero sin sufrir el castigo de sus crímenes.

Miéntas que en las costas de Xaragua hacian alarde de sus vicios, ó yacian en la inercia del fastidio, vieron alarmados que asomaban tres buques en el horizonte. Eran los tres que el Almirante había destacado de su escuadra en las islas Canarias, y que había enviado à toda prisa à la Colonia, al mando de Pedro de Arana, de Juan Antonio Colon y de Alonso Sánchez de Carvajal.

Habiendo las carabelas dejado caer el ancla, creyéronse perdidos los rebeldes, pensando que una fuerza imponente iba à hacerles dar cuenta de sus fechorias, pero Roldan comprendió à primera vista que aquellas embarcaciones hacia ya mucho tiempo que navegaban, y que sin duda se habían extraviado en su derrotero y que eran por tanto ignorados à bordo los recientes crímenes. Atrevióse à presentarse como encargado por el Adelantado de vigilar el país, y teniendo en consideracion la miseria que affigia à los colonos, pedir armas y víveres para su gente. Los tres capitanes se lo concedieron todo de muy buena gana. De esta manera puso Roldan à su gente en relaciones con las tripulaciones de los buques. Los rebeldes ponderaban à los marineros la vida cómoda y sensual que llevaban en Xaragua, y les inspiraban deseos de desertar. No se descubrieron esos manejos hasta muy tarde, y se dieron, en su consecuencia, severas consignas à las tripulaciones. Alonso Sánchez de Carvajal esperaba atraer à su deber al traidor Roldan, y fué à conferenciar con él. Protestó Roldan de sus buenos sentimientos à favor del Almirante, y contestó que sólo se había sublevado contra el Adelantado, y que hasta había preparado una carta destinada à su antiguo amo, cuya llegada esperaba con impaciencia.

Reunidos en consejo los tres capitanes, reconociendo que los vientos y las corrientes podían retardar todavía por mucho tiempo la llegada de las tres carabelas á Santo Domingo, acordaron desembarcar á las órdenes de Juan Antonio Colón los trabajadores traídos por cuenta del rey, quienes se irían por tierra á Santo Domingo, á fin de economizar el tiempo y los viveres. Pero apenas estos hombres, en número de cuarenta, perfectamente armados y provistos de todo, hubieron desembarcado, se pasaron á la bandera de Roldán; todos excepto siete, á quienes los malos consejos no lograron apartar de su deber (1). Sin embargo, con aquel puñado de valientes, Juan Antonio Colón, verdaderamente digno de su ilustre parentesco, se atrevió á ir al encuentro de Roldán, y hacerle presente la enormidad de su injusticia contra el Almirante su bienhechor, contra los Reyes sus amos y contra la Colonia cuyo Gran Juez era él. Siendo infructuosa su elocuencia, volvióse el primo de Colón á su carabela, acompañado de los siete hombres fieles; y partió para Santo Domingo con el cuñado del Almirante, el noble Pedro de Arana, mientras que Carvajal continuaba anclado todavía por algunos días, queriendo intentar un postrer esfuerzo para reducir á los rebeldes.

Alonso Sánchez de Carvajal ocultaba su sagacidad y su tacto bajo la naturalidad y rudeza militar de las formas. Dejando aparte motivos de corazón y de conciencia, no hablando sino bajo el punto de vista de los intereses materiales, hizo ver al Gran Juez el mal estado de su posición; le manifestó que habiendo los Reyes nombrado á don Bartolomé Adelantado de Indias, quedaba desvanecida su queja principal; que llegando el Almirante con tres carabelas, encontraría en las tripulaciones de los seis buques y los hombres de Miguel Ballester reunidos á los de García de Barrantes fuerza bastante para hacerse obedecer, y que era mucho más ventajoso, ya que ocupaba el primer cargo de la isla, y disponía en aquel momento de cierto número de partidarios, aprovechar aquella circunstancia para obtener una amnistía con ventajosas condiciones, que correr con probabilidades tan desfavorables el azar de una batalla, cuyas consecuencias le habían de ser funestas, cualesquiera que fueren sus resultados. Carvajal habló de manera que parecía un intermediario confiado que se interesaba á favor de la causa de Roldán. Sus cortas relaciones con los insurrectos hicieron que estos formasen de él la opinión más favorable. Hizo comprender á Roldán que le importaba en todo caso aproximarse á Santo Domingo, á fin de tratar más fácilmente en el momento oportuno.

Y efectivamente, divididos los rebeldes en cuatro partidas, se dirigieron

(1) «Colombo con solos seis ó siete de quarenta que eran fué á reconvenir á Roldán.» — Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. VI, § 40.

separadamente sobre Bonao, donde el íntimo amigo de Roldán, Pedro Riquelme, que poseía allí vastos dominios, había ocultado la masa de sus robos. Alonso Sánchez de Carvajal después de haber hecho partir su carabela al mando de un teniente suyo, se trasladó por tierra á Santo Domingo, escoltado por un destacamento de rebeldes que querían proteger contra un ataque de los indígenas á un hombre que ellos miraban casi como un agente adicto, y no le abandonaron hasta que estuvieron próximos á la plaza.